ROSA EN EL ASFALTO

GRANTRAVESÍA

ANGIE THOMAS

ROSA EN EL ASFALTO

Traducción de
Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

Rosa en el asfalto

Título original: *Concrete Rose*

© 2021, Angela Thomas

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Ilustración de portada: Cathy Charles
Diseño de portada: Jenna Stempel-Lobell

D. R. © Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21 - 23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-123655-0-4
Depósito legal: B 12267-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

impreso en España / *PRINTED IN SPAIN*

9005512010721

Para todas las rosas que crecen en el asfalto.
Seguid floreciendo.

PRIMERA PARTE

GERMINACIÓN

UNO

Cuando hablamos de la calle, hay reglas.

No están escritas y no las encontrarás en ningún libro. Es algo natural que ya conoces desde el momento en que tu madre te deja salir de casa. De la misma manera que sabes respirar sin que nadie te haya dicho cómo hacerlo.

Sin embargo, si hubiera un libro, habría una sección completa dedicada al baloncesto callejero, y la regla más importante, la que estaría por encima de todo lo demás, en grandes letras resaltadas en negritas, sería la siguiente:

No dejes que te pateen el trasero frente a una chica, sobre todo si se trata de *tu* chica.

Pero eso es justo lo que estoy haciendo: dejar que me pateen el trasero frente a Lisa.

—No te preocupes, Maverick —grita ella desde una mesa de picnic—. ¡Ya lo tienes!

¿En serio? No tengo nada. King y yo llevamos cero puntos frente a los once de Dre y Shawn. Uno más y habrán ganado. Con lo grande que es King, pensarías que no tendría problemas para bloquear el desgarbado trasero de Shawn o algo así. Pero Shawn lo evade como si ni siquiera existiera. Le gana los rebotes, salta y lanza la pelota en su

cara. Eso es todo. Ha conseguido que los hermanos enloquezcan a los lados de la cancha y que King parezca un imbécil.

No puedo cabrearme con él, menos si tienes en cuenta lo que pasa hoy. Yo tampoco tengo la cabeza en su sitio.

Es uno de esos días perfectos de agosto, donde el sol brilla con intensidad, pero todavía no hace demasiado calor para alejarnos de la cancha. Rose Park está lleno de King Lords, vestidos de gris y negro… parece que todos los hermanos han venido aquí a jugar. No es que los King Lords necesitemos una excusa para venir al parque. Éste es nuestro territorio. Nos encargamos de los negocios aquí, nos relajamos aquí, nos patean el trasero en la cancha aquí.

Llevo la mirada de la pelota a Dre.

Tiene una sonrisa del doble de ancho.

—Vamos, Mav. ¿Vas a morir así frente a tu chica? Lisa debería haber jugado en tu lugar.

—Oooh —resuena a lo largo de las líneas laterales. Dre nunca me trata bien porque soy su primo más joven. Me ha estado fastidiando desde que fui lo suficientemente grande para sostener una pelota.

—Preocúpate por la paliza que tú vas a recibir frente a *tus* chicas —digo—. Keisha y Andreanna van a hacer como si no te conocieran después de hoy.

Se oyen más *Oooh*. La prometida de Dre, Keisha, está en la mesa con Lisa, riendo. La hija de Keisha y Dre, Andreanna, está en su regazo.

—Mira a este hermanito bravucón —dice Shawn, divertido con su sonrisa de oro.

—Deberíamos llamarlo Martin Luther King, porque sueña si cree que vencerá —añade Dre.

—Yo tengo un sueño —Shawn intenta imitar a Martin Luther King—, ¡que un día, puedas pisar esta cancha y encestar un jodido punto!

Los hermanos ríen. La verdad es que la broma de Shawn podría haber sido cualquier idiotez y se habrían reído igual. Eso es lo que pasa cuando tienes la corona de los King Lords, como el César de Roma. La gente hace lo que se supone que debe hacer para estar de tu lado.

—¡No dejéis que se burlen de vosotros, pequeño Don y pequeño Zeke! —grita uno de ellos.

No importa que mi viejo haya estado encerrado durante nueve años o que el de King lleve muerto casi el mismo tiempo. Ellos siguen siendo Gran Don, la excorona, y Gran Zeke, su mano derecha. Eso me convierte a mí en el pequeño Don y a King, en el pequeño Zeke. Supongo que todavía no tenemos la edad suficiente para usar nuestros propios nombres.

Dre rebota la pelota.

—¿Qué te pasa, primo?

Arranca de inmediato. Lo sigo y trato de interceptar a Shawn. Hacen un bloqueo. Dre se aleja de mí y King se lanza tras él, con lo que deja el camino libre para Shawn. Shawn sale disparado al aro. Dre lanza la pelota hacia arriba y…

¡Maldita sea! Shawn encesta por encima de King.

—¡Toma ya! —grita Shawn mientras cuelga del aro. Se deja caer, y él y Dre se dan ese apretón de manos que han compartido desde que eran niños.

—¡No pueden meterse con nosotros! —dice Shawn.

—¡Diablos, no! —responde Dre.

Nunca quedará atrás esto. Treinta años después de ahora, Dre seguirá diciendo algo como: "¿Te acuerdas de esa vez que Shawn y yo no dejamos que anotaras un solo punto?".

King rebota el balón contra el asfalto.

—¡Mierda!

Se toma la derrota en serio.

—Uoo, relájate —le digo—. Los derrotaremos la próxima…

—¡Os han dado una *buena* paliza! —uno de los hermanos, P-Nut, ríe. Es un tipo bajo con barba espesa, bien conocido por su enorme bocaza. Ésa es la razón de varias de sus cicatrices en la cara y el cuello.

—Deberíamos haber dejado de llamarte pequeño Don desde hace mucho. Eres una vergüenza para los *gangstas* originales, con lo mal que juegas.

Los otros ríen.

Aprieto la mandíbula. Debería estar acostumbrado a este tipo de bromas. Dejar que un montón de imbéciles me hablen así. Yo no soy tan duro como mi padre, no tengo tanta calle como mi padre, no soy tan bueno en nada como él.

Ellos no tienen idea de lo que hago a escondidas.

—Me parezco más a mi viejo de lo que imaginas —digo a P-Nut.

—Me podrías haber engañado. La próxima vez, ese grandote debería poner tanto esfuerzo en el partido como en comer.

King da un paso hacia P-Nut.

—O podría patear tu trasero.

P-Nut también da un paso hacia él.

—¿Y luego qué, idiota?

—¡Espera, espera, espera! —digo, haciendo retroceder a King. Es rápido para la pelea—. ¡Relájate!

—Así es, tranquilízate —dice Shawn—. Es sólo un partido de baloncesto.

—Tienes razón, tienes razón. Culpa mía, Shawn —dice P-Nut con las manos en alto—. Puedo ser un poco temperamista.

Tempera… ¿qué? Lo juro, P-Nut se inventa palabras para parecer un chico listo.

Por la forma en que las fosas nasales de King se dilatan, tengo la sensación de que esta pelea es más que un partido de básquet para él. Se sacude para liberarse de mí y emprende la marcha a través del parque. Shawn, Dre y todos me miran.

—Tiene muchas cosas encima, eso es todo —farfullo.

—Sí —agrega Dre, y baja la voz para dirigirse a Shawn—. ¿Recuerdas esa situación con él, Mav, y esa chica de la que te hablé? Hoy se enterarán.

—No hay excusas, Dre. Siempre se le va la olla —dice Shawn—. O controla ese temperamento o alguien hará que se tranquilice.

En otras palabras, va a recibir una paliza. Así es como los hermanos mayores de la pandilla nos mantienen a raya a los pequeños. Verás, hay niveles entre los King Lords. Están los más chicos, los niños rudos de la secundaria que juran que son los siguientes. Hacen lo que sea que los demás les digamos. Luego, están los hermanos pequeños, como yo, King y nuestros chicos, Rico y Junie. Nosotros nos encargamos de las iniciaciones, el reclutamiento y la venta de hierba. Los siguientes son los hermanos mayores, como Dre y Shawn. Ellos venden las sustancias duras, se aseguran de que el resto de nosotros tengamos lo que necesitamos, hacen alianzas y disciplinan a cualquiera que se pase de la raya. Cuando tenemos problemas con los Discípulos del Jardín, la pandilla del lado este, por lo general son ellos los que se encargan. Luego están los GO: los *gangstas* originales. Los adultos que ya llevan mucho tiempo en esto. Ellos aconsejan a Shawn. El problema es que no quedan muchos en las calles. La mayoría están encerrados, como mi viejo, o muertos.

Una paliza de los hermanos mayores no es cosa de broma. No puedo dejar que King se vaya así.

—Hablaré con él —digo a Shawn.

—Más vale que alguien lo haga —dice, y se vuelve hacia los demás—. Ahora, ¿quién quiere recibir una tunda en esta cancha?

King está a punto de salir del parque. Corro para alcanzarlo.

—Eh, colega, no puedes dejar así a la gente. ¿Quieres causarnos problemas?

—No voy a dejar que nadie me insulte, Mav —gruñe King—. Me importa un carajo si es uno de los hermanos mayores.

Miro hacia atrás, a las canchas. Estamos lo suficientemente lejos para que Shawn y ellos me escuchen.

—Tenemos que mantener la cabeza fría, ¿recuerdas?

Durante los últimos seis meses, King y yo nos hemos movido a espaldas de los hermanos mayores. Como dije antes, los pequeños sólo podemos vender hierba, pero no hay tanto dinero en eso como en lo otro. Además, tenemos que entregarles la mayor parte de nuestra tajada a Shawn y a ellos, porque son los que surten el producto. Un día, King decidió hacerlo por su lado y consiguió su propio proveedor. Inmediatamente me incluyó en la operación. Nuestros bolsillos están llenos.

Estaremos hundidos en la gran mierda si Shawn y los otros lo averiguan en algún momento. Es una afrenta casi tan grave como tomar su territorio. Pero, mamá tiene dos trabajos. No debería tener que comprarme zapatos y ropa cuando se esfuerza tanto por mantener un techo sobre nuestras cabezas. Hablando en serio.

—Deja que P-Nut y cualquiera digan lo que les dé la maldita gana —digo a King—. Nosotros nos encargamos de lo nuestro, y es en lo único que necesitamos concentrarnos. ¿De acuerdo?

Le extiendo la mano a King. Al principio la mira fijamente, y no sé si es por Shawn y P-Nut o por esa otra situación que estamos pasando.

Finalmente, estrecha su mano contra la mía.

—Sí, de acuerdo.

Lo atraigo hacia mí y le golpeo la espalda con el puño.

—No te preocupes por esa otra cosa. Va a salir como debe.

—No me romperé el coco por eso. Es lo que es.

Es lo mismo que dice sobre el asesinato de sus padres cuando él tenía once años y sobre todo lo que vivió con sus familias de acogida. Supongo que si él quiere dejarlo así, yo también puedo hacerlo.

Se va del parque y yo voy con Lisa. Está más buena que una jarra de cerveza. Viste una blusa que deja ver su ombligo y unos pantaloncillos tan cortos que me hacen perder la cabeza.

Me coloco entre sus piernas.

—Somos una mierda, ¿eh?

Lisa envuelve sus brazos alrededor de mi cuello.

—Deberíais entrenar.

—Sí, somos una mierda.

Ríe.

—Tal vez, pero eres mío.

Me besa y eso hace que olvide todo lo demás.

Siempre ha sido así con Lisa. La vi en un partido de básquet del primer año. Su equipo les estaba partiendo el trasero a las chicas del instituto Garden. Para ser honesto, ella

juega mejor que yo. Había ido para ver a Junie, que jugaría después, cuando Lisa llamó mi atención. Sabía rebotar bien la pelota y era la mejor de todas. Además, vaya que tenía un buen trasero. No puedo mentir, me di cuenta nada más verla saltar.

Ella hizo un tiro y grité: "¡Diablos, sí, pequeña!". Miró hacia mí con esos bonitos ojos marrones y sonrió. Eso fue todo, debía hablar con ella. Una vez que me dio pie, ha sido así desde entonces.

Meto la pata cada dos por tres. Pensar en lo que sé hace que deje de besarla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Juego con sus trenzas.

—Nada. Me da rabia haber perdido frente a ti.

—¡Papi te ha pegado una paliza! —dice Andreanna.

Nada como una niña de tres años gritándote. Andreanna se parece a Dre, lo que significa que se parece a mí. Todo el mundo dice que Dre y yo somos prácticamente gemelos. Nuestras madres son hermanas y nuestros padres primos, por lo que tiene sentido que tengamos los mismos ojos grandes, cejas gruesas y tez marrón oscura.

—Deberías haberme apoyado —le hago cosquillas a Andreanna. Ella se retuerce y ríe en el regazo de Keisha—. No deberías haber apoyado a tu papi.

—Claro que sí, debería haber apoyado a su papi —dice Dre mientras se acerca. Levanta a Andreanna y la hace planear como un avión. Nadie consigue hacerla reír como él.

—¿Iréis a la fiesta esta noche? —pregunta Lisa.

Shawn organiza una fiesta en su casa, como suele hacerlo al final de cada verano.

—Ya sabes que Dre no va a fiestas —dice Keisha.

—Ni loco. Nos quedaremos con toda la diversión. ¿No es así, mi bebé? —Dre besa la mejilla de Andreanna.

—Eh, colega. Es viernes por la noche —digo—. No puedes quedarte en casa.

Eso no le importa a Dre. Ya no va a ninguna parte. Tener a Andreanna lo cambió de la noche a la mañana. Dejó de divertirse y de salir. Creo que dejaría de ser un King Lord si pudiera.

No hay forma de salirte de los King Lords. A menos que quieras terminar muerto, o jodidamente cerca de eso.

—Estoy donde quiero estar —le sonríe a Andreanna. Me mira—. ¿Tú estás seguro de que irás a la fiesta?

Dre sabe lo que pasa hoy, eso que podría cambiar mi vida. El problema es que Lisa no. Pero apuesto a que él no se lo dirá.

—Seguro —digo.

Dre me mira como un hermano mayor al pequeño que no se está portando bien. Me saca de quicio y me hace sentir como una mierda, todo al mismo tiempo.

Prefiero mirar a Lisa.

—Nada nos impedirá ir a esa fiesta. Tenemos que colarnos en alguna antes de que empiecen las clases.

Lisa lanza sus brazos alrededor de mi cuello.

—Así es. Pero piensa que dentro de un año estaremos en la universidad y podremos ir a todas las fiestas.

—Claro —las fiestas son la principal razón por la que iría a la universidad. Si voy. Todavía no estoy seguro—. ¿Y la de esta noche? Todo el mundo se girará para mirarte cuando llegues con esto.

Saco el collar de mi bolsillo. El colgante tiene el nombre "Maverick" en letras cursivas. Está hecho de oro real con pe-

queños diamantes incrustados a lo largo. Un tipo del centro comercial me lo hizo la semana pasada.

—¡Dios mío! —Lisa jadea mientras lo coge—. Es precioso.

—Muy bien, Mav —dice Keisha—. Veo que gastas dinero en tu chica.

—Demonios, sí. Ya sabes cómo soy.

—Esos collares cuestan mucho dinero —dice Dre—. ¿De dónde sacas billetes para pagar algo así?

Dre no sabe que vendo algo más que hierba con King, y quiero que él siga en la ignorancia. Me costó mucho convencerlo de dejarme vender hierba, para empezar. A pesar de que él mismo lo hace, me repetía esa mierda de "haz lo que te digo, no lo que hago" durante mucho tiempo. Le dije que quería ayudar a mamá y finalmente cedió. Sólo me permite vender la hierba suficiente para que pueda pagar una o dos facturas. Si descubre lo que tengo con King, acabará con mi trasero.

—Hice algunos trabajos en el barrio, como siempre —miento—. Y he podido ahorrar lo suficiente.

—Bueno, me encanta —dice Lisa. Ella sí sabe lo que hago. Es maravillosa para cambiar de tema—. Gracias.

—Lo que sea por ti, nena —la beso de nuevo.

—*¡Puaj!* No hagáis eso frente a mi bebé —Dre cubre los ojos de Andreanna, lo que hace reír a Keisha—. Lograréis traumatizarla de por vida.

—Si soporta mirarte a la cara, estará bien —digo mientras suena una bocina en el estacionamiento, pertenece a un Datsun oxidado.

Una de las ventanillas desciende y un tipo musculoso y de piel clara grita:

—¡Lisa! ¡Vamos!

Ella pone los ojos en blanco con un quejido.

—¿En serio?

Es su hermano mayor, Carlos. Nunca le he caído bien. La primera vez que llamé a Lisa, me interrogó como si fuera la policía. "¿Cuántos años tienes? ¿A qué escuela vas? ¿Qué calificaciones sacas? ¿Estás en una pandilla?" Todo ese tipo de cosas que no son de su incumbencia. Cuando me conoció, yo iba vestido de gris y negro, lo que demostraba que soy un King. El idiota me miró como si yo fuera un insecto debajo de su zapato. Llegó a casa de la universidad este verano, y ya me urge que se largue de regreso a la escuela.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunto.

—Mamá le pidió que me llevara de compras —dice Lisa—. Tengo que comprar más de esos feos uniformes de Saint Mary.

—Uf, estarás buenísima con esas faldas a cuadros.

Lisa lucha para evitar una sonrisa, y eso me hace sonreír.

—El caso, esas faldas siguen siendo feas —salta de la mesa—. Lo mejor será que me vaya antes de que el capitán Entrometido monte aquí una escena.

Río y agarro su mano.

—Vamos. Te acompaño.

Se despide de Keisha y de Dre, y cruza el parque conmigo. Carlos me mata con la mirada durante todo el camino. Amargado.

Lisa y yo nos detenemos junto al coche.

—Pasaré por ti a las ocho —le digo.

—Nos vemos a las ocho y cuarto, entonces —sonríe—. Nunca llegas a tiempo.

—No, esta noche llegaré temprano. Te quiero.

La primera vez que le dije eso, me desconcerté a mí mismo. Nunca antes le había dicho a una chica que la quería, pero tampoco había tenido una Lisa antes.

—Yo también te quiero —dice ella—. Cuídate, ¿de acuerdo?

—No iré a ninguna parte. No puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

Sonríe y me da un beso rápido.

—Te haré cumplirlo.

Abro la puerta del copiloto para ella. Carlos me fulmina con la maldita mirada. Se la devuelvo cuando Lisa no me mira.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Lisa, y escucho a Carlos decir algo sobre un "parque de pandilleros" mientras arranca.

Sólo ha pasado alrededor de un minuto desde que se fueron cuando un viejo Camry con techo corredizo entra en el estacionamiento. Antes, mamá tenía un Lexus, pero la poli lo incautó cuando se llevaron a mi viejo.

—¡Oh, oh! —grita P-Nut—. El pequeño Don se ha metido en problemaaas. Ha provocado que viniera hasta aquí para un traslado disciplinacista.

Disci… ¿qué?

Olvídate de P-Nut. Abro la puerta del copiloto del coche de mamá.

—Eh, ma.

—Eh, be… —se tapa la nariz—. ¡Maldición, niño! ¡Apestas! ¿Qué has estado haciendo que hueles tan mal?

Me huelo. No está *tan* mal.

—Estuve jugando al baloncesto.

—¿Y también te has revolcado con cerdos? ¡Dios mío! Vas a hacer que la clínica se vacíe.

—Si pasamos rápido por casa, puedo ducharme.

—No tenemos tiempo para eso, Maverick. Les dijimos a Iesha y a su madre que nos encontraríamos con ellas a las dos. Ya es la una cuarenta y cinco.

—Oh —no me había dado cuenta de que mi vida podría cambiar tan pronto—. Se me había olvidado.

Mamá debe escuchar el bajón en mi voz.

—Necesitamos saber la verdad. Lo entiendes, ¿verdad?

—Ma, qué voy a hacer si…

—Eh —dice, y la miro—. No importa lo que pase, yo estoy contigo.

Me tiende el puño.

Sonrío.

—Eres demasiado vieja para andar chocando puños.

—¿Vieja? ¡Por favor, niño! Deberías saber que me pidieron la identificación el sábado pasado, que Moe y yo salimos. ¡Pum! ¿Quién es demasiado viejo ahora?

Río mientras pone en marcha el coche.

—Tú. Eres demasiado vieja.

—¡Eh, esperad! —grita Shawn. Cruza corriendo el estacionamiento hacia el lado de mamá—. Tengo que saludar a la reina. ¿Cómo está, señora Carter?

—Hola, Shawn —dice mamá—. ¿Todo en orden?

—Sí, señora. Aquí, cuidando a su chico.

—Bien —dice mamá, y su voz baja.

No hay madre que quiera que su hijo esté en una pandilla, pero tampoco hay madre que quiera a su hijo muerto. Mi viejo se ganó tantos enemigos en las calles que necesito que alguien me respalde. Él fue quien dijo a mamá que debía unirme a ella. Sea como sea, la sangre King corre por mis venas. Los hermanos de mamá la llevaban, también mi viejo y sus primos. Es como una fraternidad para nosotros.

Sin embargo, mamá cree que soy un "asociado", alguien que pertenece, pero no se involucra en los "negocios". Ella dice que todo esto de los King Lords es temporal. Me taladra

la cabeza todo el rato diciendo que debo acabar el instituto e irme a la universidad para escapar de todo esto.

—Tenemos una cita —le dice a Shawn—. Cuídate, bebé.

—Sí, señora —Shawn me mira y asiente—. Buena suerte, hermanito.

Asiento en respuesta.

Mamá sale del estacionamiento y yo miro a los hermanos por el espejo retrovisor. Siguen jugando en las canchas sin importarles nada en el mundo. Ojalá pudiera estar así yo otra vez.

En cambio, me dirijo al hospital para averiguar si el hijo de King en realidad es mío.

DOS

La clínica gratuita está llena para ser viernes por la tarde. Todos en Garden, también conocido como el Jardín, prefieren venir aquí que ir a la clínica del condado, porque la gente que va allá rara vez regresa. Un hombre con muletas habla muy alto en el teléfono público, como si quisiera que todos escucháramos que necesita que alguien lo lleve. De alguna manera, no ha conseguido despertar a la mujer en silla de ruedas que está al lado de nosotros. Una chica de mi edad persigue a un niño y lo llama en español.

Es impresionante pensar que ése podría ser yo dentro de un par de años.

Toda esta situación es un poco complicada. King tiene a esta chica del barrio, Iesha. Ella no es su novia, para nada. Juguetean mucho, si sabes a lo que me refiero. Sin embargo, Iesha es conocida por juguetear con un montón de tipos. No quiero faltarle al respeto, pero es un hecho.

Hace aproximadamente un año, Lisa rompió conmigo después de que Carlos afirmara que me había visto hablando con otra chica. Una descarada mentira, pero Lisa creyó a ese idiota por alguna razón. Estresado por eso, fui a la casa de King. Él le pidió a Iesha que me ayudara a dejar de pensar en todas esas

cosas. Yo no estaba seguro al principio, porque parecía algo malo, como si casi se tratara de un engaño. Pero una vez que Iesha y yo nos pusimos en marcha, olvidé el bien y el mal.

En algún momento, el condón se rompió.

Ahora estoy en la clínica gratuita, a la espera de los resultados de las pruebas de ADN del bebé de Iesha, que ya tiene tres meses.

La pierna de mamá no se queda quieta, como si quisiera salir corriendo de esta sala de espera. Le lanza una mirada a su reloj.

—Ya deberían estar aquí. Maverick, ¿has hablado con Iesha últimamente?

—No, desde la semana pasada.

—Dios. Vamos a tener montón de trabajo con esta niña.

Mamá siempre habla con Dios. Por lo general, son cosas como: "Dios mío, evita que le pegue una paliza a este niño". Supongo que es agradable que le hable sobre alguien más por una vez.

Dice que la he hecho envejecer antes de tiempo por puro estrés. Mantiene su cabello ondulado con los dedos y ya tiene un par de canas que no deberían estar ahí a los treinta y ocho. No es culpa mía. Es por el montón de horas que se pasa trabajando. Mamá está en el mostrador de registro de un hotel durante el día y limpia oficinas por las noches. Siempre le digo: "Yo me voy a encargar de ti".

Ella sonríe y dice: "Encárgate de ti, Maverick".

Y durante semanas ha sido: "Encárgate de tu hijo". Está convencida de que soy su padre.

No lo soy.

—No sé por qué hacemos esto —farfullo—. No es hijo mío.

—¿Por qué? ¿Porque sólo estuviste con esa chica una vez? —pregunta mamá—. Eso es lo único que se necesita, Maverick.

—Ella jura que es el bebé de King. Incluso le han puesto el nombre de King.

—Sí, ¿y a quién se parece? —pregunta mamá.

Hombre… está bien, me ha pillado. Cuando nació King Jr., no se parecía a nadie. Para mí, todos los recién nacidos parecen extraterrestres. Después de un par de semanas, los ojos, la nariz y los labios se parecían a los míos. No había semejanzas con King por ningún lado. El bebé tampoco se parece a Iesha.

Por eso King dejó de tratar con Iesha por completo. Ella quiere demostrarle que yo no soy el padre y me pidió que me hiciera una prueba de ADN. Aquí estamos. A menos que tenga la peor suerte del mundo, es imposible que ese bebé sea mío.

Mi localizador suena en mi cintura y aparece el número del señor Wyatt. Es nuestro vecino de al lado. Corto el césped de su jardín delantero todas las semanas. Tal vez quiera que vaya hoy. Tendré que buscarlo más tarde.

Mamá me mira con una sonrisa.

—¿Te crees muy importante sólo porque tienes ese localizador, eh?

Río. Compré esta cosa hace dos meses. La tengo en una funda azul transparente, tan inflada que parece a punto de estallar.

—Qué va, mamá.

—¿Cómo va el negocio? —pregunta—. ¿Cuántos jardines estás cortando ahora?

Mamá cree que gano dinero cortando el césped en el barrio. Lo hago, pero gano más vendiendo droga. Todo este asunto de la jardinería me ha ayudado como tapadera. Cuan-

do me ve con zapatos o ropa nuevos, actúo como si los hubiera comprado por poco dinero en el rastro en lugar del centro comercial. Odio poder mentirle tan bien.

—Va bien —digo—. Estoy trabajando en unos diez jardines en este momento. Intento conseguir todos los que pueda antes de que llegue el invierno.

—No te preocupes, encontrarás algo más que hacer. Dios sabe que criar a un bebé acarrea muchos gastos. Descubrirás cómo salir adelante.

No tendré que hacerlo. Ese bebé no es mío.

La puerta de la clínica se abre y la señora Robinson entra. Deja la puerta abierta para que pase alguien más.

—¡Trae aquí tu lento trasero!

Iesha entra con los ojos en blanco. Lleva una pañalera al hombro y carga un portabebés en la mano. Con un pequeño hombrecillo dormido adentro. Su diminuto puño descansa sobre su cabeza, y sus cejas están todas arrugadas, como si estuviera pensando en algo profundo en sus sueños.

—Eh, Faye —le dice la señora Robinson a mamá—. Lo siento, llegamos tarde.

—Hum… —responde mamá. No es aprobación ni juicio. Luego me mira, como si esperara que yo hiciera algo. Le devuelvo la mirada, confundido.

—Déjale a Iesha tu asiento, niño —dice mamá.

—¡Oh! Lo siento —salto para levantarme. Mamá se empeña conmigo con ese rollo de ser un caballero.

Iesha toma mi silla y coloca el portabebés a sus pies. Mamá se queda embobada de repente.

—Uf, mira a ese hombrecito —dice con una voz que sólo usa con los bebés—. Se ha quedado fuera de combate.

—Por fin —dice Iesha—. Me mantuvo despierta toda la noche.

—No es que tuvieras algún otro lugar adonde ir —la interrumpe la señora Robinson—. Señorita Me-escapo-de-la-escuela-de-verano-para-ir-detrás-de-un-chico.

—Oh, Dios mío —se lamenta Iesha.

—Pronto dormirá toda la noche —dice mamá—. Maverick no durmió bien hasta que cumplió cinco meses. Era como si necesitara saber qué estaba pasando todo el tiempo.

—Él es exactamente igual —dice la señora Robinson, mirándome.

Puede mirarme todo lo que quiera. Eso no lo convierte en hijo mío.

El hombrecito se queja en el portabebés.

Iesha suspira.

—¿Ahora qué?

—Tal vez quiera su chupete, bebé —dice mamá.

Iesha lo mete en su boca y él se queda tranquilo de repente.

Analizo a Iesha con atención. Tiene bolsas debajo de los ojos que antes no tenía.

—¿Alguien te está ayudando con él?

—*¿Ayudando?* —responde su madre, como si yo hubiera lanzado una maldición—. ¿Quién se supone que debe ayudarla? *¿Yo?*

—Vamos, Yolanda —dice mamá—. Esto es mucho para que cualquiera pueda manejarlo solo, y mucho más para una jovencita de diecisiete años.

—¡Claro! Quiere actuar como si fuera mayor, así que puede lidiar con esto como si fuera mayor. Ella. Sola.

Iesha parpadea muy rápido.

De pronto, me siento muy mal por ella.

—Si es mío, no volverás a hacer esto sola, ¿de acuerdo? Te ayudaré tanto como pueda.

Hace cinco segundos parecía estar lista para llorar. Ahora, me sonríe.

—Oh, ¿en serio? ¿No le importará a tu novia?

No sé cómo va a reaccionar Lisa. Había pensado que si el bebé no era mío, ella no necesitaba saber nada al respecto. Pero si es mío…

—No te preocupes por ella —le digo a Iesha.

—Oh, no estoy preocupada. *Tú* eres el que debería estarlo. Su engreído trasero te dejará muy pronto.

—¡Eh, no hables así de ella!

—Da igual. Con todas esas chicas del instituto Garden que babean por ti, y tú te vas con la presumida de la escuela católica. No te preocupes. Mi bebé no es tuyo. En cuanto nos entreguen los resultados, lo llevaré con su verdadero papi y seremos una familia. Ya verás.

—¡Iesha Robinson! —grita la enfermera.

Todos miramos en esa dirección.

Aquí está.

—Ve —le dice la señora Robinson a Iesha.

Iesha se levanta y suspira por la nariz.

—Esto es tan estúpido.

—¡Lo estúpido es que no sepas quién es el padre! —dice su madre detrás de ella—. ¡Eso es lo estúpido!

Bueno, maldita sea. ¿Mamá y yo hacemos cosas así? Demonios, sí, todo el tiempo. Pero no en público.

Iesha regresa y pone el sobre en la mano de su madre.

—Apuesto a que tengo razón. ¡Te lo apuesto!

La señora Robinson saca los papeles y los lee. Por esa mirada engreída que tiene, sé lo que dicen.

—Felicitaciones, Maverick —dice, mirando fijamente a su hija—. Eres padre.

Mierda.

—Jesús —mamá se toca la frente. Decir que era mío y saberlo son dos cosas distintas.

Iesha le arrebata los papeles. Los mira y su expresión se desploma.

—¡Mierda!

—Maldita sea, ¿por qué estás enfadada?

—¡Éste debería ser el bebé de King! ¡No quiero lidiar con tu trasero!

—¡Yo tampoco quiero lidiar con el tuyo!

—¡Maverick! —estalla mamá.

Mi hijo llora en el portabebés.

Mamá me lanza una mirada dura y lo levanta.

—¿Qué pasa, Enano? ¿Eh? —ella no necesita conocerte mucho para ponerte un apodo. Mamá huele su trasero y arruga la nariz—. Oh, ya sé lo que va mal. ¿Dónde están sus pañales?

—En la pañalera del bebé —farfulla Iesha.

—Toma la pañalera, Maverick —dice mamá—. Nosotros nos encargaremos.

De repente, yo tengo un hijo y él tiene un pañal sucio.

—No sé cómo cambiar un pañal.

—Entonces, ha llegado la hora de que aprendas. Vamos.

Mamá entra al baño de mujeres y actúa como si yo tuviera que seguirla. Diablos, no. Ella regresa a la puerta.

—Vamos, niño.

—¡Yo no puedo entrar ahí!

—No hay nadie. Hasta que pongan cambiadores en el baño de hombres, vamos.

Maldita sea, esto no está bien. La sigo. El hombrecito llora como loco. Entiendo por qué. Ese pañal apesta. Mamá me

pasa al bebé para que ella pueda registrar el bolso, pero lo mantengo lejos de mí. No quiero mancharme.

—Tienen un montón de ropa, seguro —dice mamá—. Veamos si Lisa ha puesto por aquí algún cambiador. Si no es así… olvídalo, aquí está —mamá lo acomoda sobre la tabla—. Está bien, ahora recuéstalo.

—¿Y si se cae?

—No lo hará. Ahí lo tienes —dice mientras lo acuesto—. Ahora abre su…

Me pierdo el resto de la frase mientras lo miro fijamente.

Antes, cuando lo miraba, me asombraba que existiera algo tan pequeño. Ahora lo veo y es mío, sin duda.

¿La peor parte? Yo soy suyo.

Tengo miedo. Lo he echado a perder. Apenas cumplí diecisiete hace un mes, y ahora tengo que cuidar de otra persona.

Él me necesita.

Depende de mí.

Me dirá papá.

—¿Maverick?

Mamá toca mi hombro.

—Puedes con esto —dice—. Estoy contigo.

No se refiere sólo al pañal.

—Está bien.

Cambio mi primer pañal con su ayuda. Entra una enfermera y nos ve luchando con los pañales —ha pasado un tiempo desde la última vez que mamá había hecho esto—, y nos da algunos consejos. El hombrecito sigue quejándose, a pesar de que ya está limpio. Mamá lo sostiene contra su hombro y le frota la espalda.

—Está bien, Enano —lo arrulla—. Todo va bien.

Pronto se calma. Supongo que eso es lo único que necesitaba saber.

Agarro su pañalera y salimos a la sala de espera. El portabebés de mi hijo está en el suelo con los papeles del ADN adentro. La señora Robinson no está.

Tampoco Iesha.